

«Lo poco que sé de las gitanas»

(José María Lander, 2012)

En la ciudad provinciana en que vivo, hay tres grupos étnicos diferenciados: los de aquí, los de fuera y los gitanos. En las presentaciones formales, los lugareños, algo toscos en el trato con sus semejantes, espetan a quemarropa: “Yo soy de aquí”, “tú eres de fuera”, “aquel es gitano”. Justo en este orden pronominal decreciente. Porque si el “yo soy de aquí” y el “tú eres de fuera” denotan, como quería el poeta Pedro Salinas, el latido irrefrenable que vibra detrás de cada pronombre personal, el “aquel es gitano” arrostra, en su fría señalización de pronombre demostrativo, un tufillo deshumanizador nada poético. Vamos, como si el gitano, en vez de ser un digno sucesor de nuestros ancestros de Atapuerca como sucede con el resto de mortales, fuese una pieza de decoración etnográfica. ¿Cuántas veces no habrán pensado mis compatriotas que esos corrillos de gitanos apalancados en los soportales del casco viejo, forman parte del mobiliario urbano y que sólo merecen la pena enseñarlos cuando se acerca alguno de esos turistas extranjeros acólitos del saber cañí, quienes sintieron de golpe la llamada de la flamencología como otros sienten la llamada evangélica del Señor? Porque ese es el auténtico drama lorquiano de los gitanos: que los payos los vemos a todos como un Camarón en potencia, sin que nunca hagamos el esfuerzo de descubrir si, en realidad, sufren una ataraxia musical hacia las palmas y los arpegios. Hay pocos grupos sociales que carguen con tantos prejuicios como ellos, tanto en su faceta masculina como femenina. Pues si de los hombres gitanos nos conformamos con etiquetarlos por su querencia hacia la jarana perpetua, ¿qué sabemos entonces de las gitanas? ¿No son acaso todas ellas ese ser de lejanías filosófico, ese mito inalcanzable de la sensualidad, que en algunos menos leídos se encarnó en el dúo Azúcar Moreno y en otros más eruditos en la Carmen de Merimée? Ay, reconozcámoslo, menos Carlos Saura y algún amigo de los tablaos, ¡qué poco sabemos de las gitanas los que no somos gitanos! Yo lo poco que sé de ellas lo acabo de aprender gracias a la lectura del libro ‘Gitanas’, editado por la editorial Pepitas de calabaza. Me he asomado, con el pudor varonil de quien husmea en un vestuario de chicas, a las vidas de diecisiete gitanas de toda Europa. Tengo que reconocer que, tímido como soy, no esperaba que cada una de ellas me abriera su interior de una forma tan conmovedora. Claro que ese grado de sinceridad lo ha logrado la empatía de su entrevistadora Claire Auzias, quien toca a sus entrevistadas como si fuesen las cuerdas de un violín. Este coro de voces no desafina en ningún momento y nos revela que la identidad rom (el apelativo con que se conoce al global de etnias gitanas europeas) es mucho más plural y compleja de lo que pudiera parecer a primera vista. ¿Sabían que los cuadros llameantes de Mona, una pintora autodidacta manuche, curan las tristezas del alma?, ¿sabían que los antepasados de Louise sufrieron el acoso de la asociación nazi projuventute, ese deleznable grupo que, cegado por la idea de una raza superior, robó con impunidad niños gitanos de los brazos de sus padres?, ¿sabían que Monique combina el sincretismo de poner modernos nombres americanos a sus hijos con la costumbre ancestral de quemar la caravana a la muerte de su marido? No es fácil resumir todas las pequeñas lecciones que nos enseñan estas bravas mujeres, a quienes dan ganas de llamarlas coraje si no fuese porque la madre coraje de Brecht comerciaba con la chatarra de la guerra mientras que estas gitanas prefieren casarse con chatarreros en paz. Este libro supone quitar el burka a una realidad oculta, olvidada en los extrarradios académicos y sociales. Como bien dice Mariana, una intelectual rom rumana, la ignorancia es el germen de la discriminación racial. Me

gustaría que en mi ciudad de provincias (y en otras ciudades de capital) se leyeran estos testimonios como una vacuna contra el racismo. Dicho así, suena petulante. Pero es que me da la impresión de que, si los payos los leyésemos, los gitanos ganarían un grado léxico en nuestra valoración: pasaríamos de señalarlos con un frío pronombre demostrativo a un más cálido pronombre personal.